Lit. de V. G. Torres.

PIRINEOS.

LOS PIRINEOS.

UNA jóven, sentada en la plataforma de una especie de muro rústico, cantaba moviendo su hermosa cabeza que cubria el capuchon cónico de los Pirineos. Su corpiño, perfectamente ajustado sobre un jubon de lana, su pañoleta de una estremada blancura hacia realzar una cinta de terciopelo negro de la que pendia una cruz de oro; todo esto indicaba aseo y comodidad. Fanchette Uloa era una de las mas ricas herederas de Bearn; su padre enumeraba con cierto orgullo sus laderas cubiertas de viñas y sus pasturas regadas por unos riachuelos; y cuando José se dirijia, montado en su mula, de Coaraze, lugar de su residencia, á Pau, enderezaba su cabeza con un orgullo verdaderamente cómico.

La vida no se compone mas que de contrastes. Si un pobre diablo se atreve á enamorarse, siempre es de la mujer con quien no puede casarse. En virtud de esta ley de antítesis perpetua, un honrado mozo, Tomás Ibarreguy, apareció muy triste. Antes era el mas determinado corredor y el mas ágil jugador de pelota; si perseguia á la gamuza en las montañas, la alcanzaba casi en su carrera. Nadie lo vencia en el tiro de la carabina.... Pero llegó un dia en que Tomás se separó de sus amigos, y buscó los lugares mas solitarios; ya no hubo cantos alegres ni baile por la noche. Tomás no daba ninguna esplicacion sobre su cambio de vida; sus amigos se cansaban de preguntarle, no recibiendo respuesta satisfactoria, y habian dejado á Tomás Ibarreguy entregado á sus melancólicos pensamientos. Solamente las lenguas de las ancianas se ejercitaban en el particular; oyendo á estas hechiceras, el jóven debia de hallarse bajo la influencia de algun conjuro malévolo: así es que decian que una urraca habia un dia atravesado el camino que seguia Tomás y que habia volado á la izquierda del caminante: signo funesto. Se añadia que un árbol enorme habia estendido sus ramas sobre la casa de Tomás, señal evidente de desgracia; en fin, que Tomás habia encontrado una noche una alimaña bajo la forma de un perro blanco, en una encrucijada de que partian cuatro caminos, y que *Debrua*, el espíritu de las tinieblas, habia dispuesto arrastrar al pobre jóven al lugar donde los hechiceros se reunen y danzan freneticamente, á la claridad de una antorcha y al compas de un tambor.

Bien que todas estas fábulas absurdas no reposasen mas que sobre la credulidad popular y que no fuesen espresadas sino en voz baja, habian llegado á oidos de Tomás. Lejos de incomodarse y alterarse por los rumores de que era objeto, se contentaba con decir, sonriéndose tristemente: ¡Insensatos! ¡Creen que el infierno se ocupa de mí, é igno-

ran la verdadera causa de mi pena! Nunca, ¡oh! nunca la sabrán.... ¡No descubriré mi pensamiento tan ambicioso! Esto seria esponerme á la burla de los demas.

¿Quién soy para atreverme á amar á Fanchette? Un huérfano, educado por la caridad de nuestro buen cura. Es verdad que ahora no hay ningun conductor que gane tanto dinero como yo; ¡sin embargo, son muy débiles mis recursos para igualarse á las riquezas de José Uloa!—Lo mas prudente seria alejarme del pais y tratar de olvidar á Fanchette.

Desde entonces Tomás meditó un escelente plan de partida.

Y á la mañana siguiente volvió á su aldea, antigua estancia del buen Enrique IV.

En este estado se hallaban las cosas, cuando hemos representado á Fanchette, viva, alegre, lozana, respirando la brisa y el perfume de las flores.

Una casualidad, ¡acaso lo era! hizo que Tomás Ibarreguy llegase adonde esta se hallaba. Se sonrojó á la vista de la jóven, y aparentó que se alejaba. Pero sus disposiciones interiores lo atraian hácia Fanchette, que risueña se divertia con aquella maniobra. Notando que debia poner fin á la turbacion del jóven, le dirijió la palabra:

—Y bien, ¿á dónde vais, Tomás?

—No lo sé, Fanchette.

—¿No lo sabeis? No debeis responder esto. ¡Qué! ¿no teneis ningun objeto?

—Ninguno, ¡ah! sí tengo uno.... me será totalmente imposible esperar....que....

—¿Por qué vacilais? ¿Os causo algun temor? ¿No somos amigos y compañeros desde la infancia?

—¡Oh! señorita Fanchette, yo....

La jóven no pudo dejar de reirse.

—¡Señorita! ¿desde cuándo me dais este título? Quereis tratarme como á una hermosa dama de la ciudad.

—Es verdad, soy un loco, no sé lo que digo. ¿No habeis notado hace tiempo mi turbacion y mi tristeza?

¿Cómo habia de ignorarlo? Mirad, Tomás, he tenido uu verdadero placer en encontraros para daros un consejo útil. Se habla mucho de vos; y se refieren asimismo cosas terribles. Tened cuidado.... Estaríais realmente en relacion con los espíritus malignos? ¿Habríais visto en efecto, á la claridad de la luna las *Blanquettes?* (1)

Tomás movió la cabeza y respondió, dirijiendo á la jóven una mirada penetrante y espresiva; que los demas crean en esas necedades me importa muy poco. Su opinion me es indiferente. Pero la vuestra, ¡oh! la vuestra, Fanchette para mí vale mas que la vida. Volvedme vuestra estimacion, vuestra.... amistad; no creais nada de lo que se dice.

—Con mucho gusto. Pero es preciso que volvais al lado de vuestros amigos, mostrad como lo hacíais otras veces, un rostro alegre, halagüeño; no dejeis de acompañarnos en nuestras fiestas, bailes y cantos. Con esta condicion me vereis como antes.

—¡Gran Dios! ¿no estais contenta conmigo?

—No, sino muy descontenta.

—¿Luego pensábais en mí?

Esta pregunta que acababa de escaparse del corazon del enamorado jóven, turbó á Fanchette. Esta volvió á otro lado su cabeza, fingiendo no haber escuchado nada.

—¡Ah! mirad, dijo ella con viveza, distingo á lo lejos á mi padre, sobre su mula. Corro á su encuentro. Es mejor que no nos vea juntos.

—¿Por qué, Fanchette?

—Porque....

—Porque creeria que yo....os amo.

—Callad, Tomás.

—Y pronunciando estas palabras con una mezcla de emocion y de disgusto, Fanchette dió algunos pasos para retirarse. Un sentimiento generoso la atrajo hácia el jóven, que inmóvil habia cubierto con ambas manos su rostro inundado en lágrimas.

—Dadme, le dijo ella, una prueba de sumision.

—Todas las que querais.

—No, una sola. Ya sabeis que vuestros amigos han construido en medio de la plaza un vasto teatro, en el que deben representar ante muchos espectadores, esa gran pieza que gusta tanto en nuestro pais....

—*¿La muerte de César?*

—Justamente.

—Os destinaron un papel y no se atreven á ofrecéroslo. Id y pedídselos vos mismo, y los llenareis de alegría. En cuanto á mí, seré muy feliz con haber contribuido á vuestra mudanza.

—Fanchette, desde ahora seréis obedecida.

Y al decir estas palabras, los dos jóvenes se separaron. Ya era tiempo. El padre Uloa estaba cerca, y aun distinguió á Ibarreguy, que seguido de su perro se alejaba aceleradamente. La indiferencia que José mostraba al jóven se conocia inmediatamente. Fanchette no juzgó conveniente combatir las serias disposiciones de su padre, y marchó silenciosamente á su encuentro.

—No deseo hablarte con respecto á Tomas, dijo José, fumando en su larga pipa; ese muchacno me es enteramente indiferente. Hablemos de tí, hija mia, de tu porvenir. Vengo de Pau, y pasé por San *Plouradou.* (1) cuyo viaje me ha agradado demasiado. He tenido la honra de conocer á un oficial español, llamado Antonio Gonzalez, hombre honrado, que ha servido en las filas de Mina, y me parece escelente para marido.

—¡Cómo! esclamó Fanchette. ¡Habia de casarme con ese español que no conozco?

—Pronto le conocerás. He invitado á don Antonio Gonzalez para que se sirva asistir á la fiesta de la aldea y á la representacion de la tragedia.

(1) Las Hadas.

(1). Santo imaginario.

Fanchette no replicó nada; pero su silencio manifestaba mas de lo que callaba; maesse José previó una seria resistencia.

Algunos dias despues de las escenas domésticas que acabamos de bosquejar, una multitud considerable de curiosos se agolpaba á la entrada de un vasto teatro de madera fabricado entre unas rocas. La multitud formaba un estraño concierto de gritos, risas y esclamaciones: allí se hallaba toda la petulancia vascongada. Se aumentaron los clamores cuando dos grandes telones separándose dejaron ver la escena decorada con un capitolio que se asemejaba mucho á un arrabal. Entre los espectadores no habian mas graves é inperturbables que dos ingleses, en cuyas facciones no era dificil descubrir su distincion. A corta distancia de estos se hallaban José Uloa, Fanchette y D. Antonio, que se esforzaba por agradar á la jóven, sin que esta se mostrase sensible á los galantes madrigales del español.

Los actores improvisados se presentaron y fueron acogidos con entusiasmo aun antes de hablar. Sus trajes eran de los mas originales: Julio César llevaba sobre un uniforme de guardia nacional una especie de sábana de que habia formado una capa; el cónsul Marco-Antonio tenia uno de los atributos de un guarda campestre, los senadores Cassius, Cimber, Décimo, Dolabella y Casca se hallaban vestidos de cualquiera manera, solo Junius Brutus habia escogido un traje mas conveniente: este papel lo desempeñaba Tomás Ibarreguy. La belleza del jóven resaltaba bajo la blancura de su toga. La admiracion fué general: una especie de instinto celoso hizo palidecer el rostro de D. Antonio que dirigió á Fanchette una mirada investigadora. En cuanto á los dos ingleses, á la vista de Tomás, hicieron un ademan que esplicaba su sorpresa. Al fin de la representacion se oyó un grito unánime:—¡Viva Ibarreguy!

—¡Ibarreguy! repitió uno de los dos estranjeros. Ni una palabra se añadió á esta esclamacion que habia atraido la atencion de Fanchette.

Sin embargo, los ingleses habian desaparecido entre la multitud que comenzaba á agitarse, rodearon el teatro y subieron á la escena por una escalerilla construida al efecto. Ibarreguy, á quien deseaban hablar, se les presentó revestido aún con aquel traje.

Despues de algunas felicitaciones, el mayor de los insulares dijo:—¿Nos reconoceis, querido amigo?

—Tomás vacilaba para responder.

—Comprendo vuestra reserva, añadió el estranjero; os honra demasiado; nos habeis hecho un gran servicio que quisiérais sin duda ver sepultado en el olvido. Pero no será así, y quiero manifestar á todos que sir Eduardo Storey no lo ha olvidado.

—Por favor.... murmuró el jóven bearnés.

—No, no, debo hablar, mi querido Ibarreguy.

—¿Qué cosa es pues? ¿Qué quereis decir? dijeron á la vez muchas personas.

—Hace seis meses, replicó sir Storey, que mi amigo y yo intentamos subir hasta la cumbre del Vignemale. El viento soplaba con fuerza, la nieve caia en grandes copos; á pesar de la tormenta, insistimos en continuar nuestra ascension. Muchos guias nos precedian. Los senderos se habian puesto resbaladizos. A cada instante nuestros montañeses nos aconsejaban que descendiésemos; pero habiamos resuelto subir hasta la cima del pico y resistimos á todas las súplicas. Repentinamente la nieve cedió al peso de nuestros cuerpos y rodamos hasta el fondo de una barranca. Lo que sucedió, y cómo no nos hicimos pedazos, lo ignoro.

El sentimiento del dolor nos volvió á la ecsistencia. Sin embargo, ninguno queria aventurarse á un inmenso peligro para arrancarnos del poder de la muerte. Entonces el mas jóven de nuestros guias llamado Tomás Ibarreguy se arriesgó: "¡Soy huérfano, dijo él, puedo esponer mi vida!" Sostenido por unas cuerdas, descendió con algun trabajo, salvó á mi compañero, volvió á bajar y me libró del peligro en que me hallaba, á costa de muchos esfuerzos heroicos. Luego, para sustraerse de nuestro reconocimiento, huyó y no volvió á su morada, hasta que estuvo seguro de nuestra partida. Ahora, Tomás, no os escapareis así: de grado ó por fuerza, es preciso que acepteis una prueba de nuestro agradecimiento.

—Muchas gracias os doy, milord, dijo el jóven con modestia y firmeza. Mi recompensa está en las palabras que acabais de pronunciar.

—¡Qué! replicó sir Storey con un acento de sorpresa, ¡nos desairais de esta manera!

—No hice mas que mi deber, y mi conciencia me ha pagado suficientemente.

El inglés estrechó la mano de Ibarreguy y se alejó sin añadir una palabra.

Hallándose libre Tomás se aprovechó de la oscuridad de la noche para volverse á la casa de José Uloa. No tenia intencion de entrar, sino vigilarla desde cierta distancia. Evidentemente esperaba á alguna persona.

La puerta principal de la casa se abrió; un hombre apareció en el umbral y habiéndose despedido de los dueños de la casa se alejó. Ibarreguy se colocó en frente para impedirle el paso.

—¿Puedo preguntaros, señor, dijo él, á dónde vais tan tarde?

—Graciosa pregunta me haceis, respondió el hombre. Pero como mi conducta no es misteriosa, satisfaré vuestra curiosidad. Me vuelvo á mi hogar, situado á trescientos pasos de aquí.

—Muy bien, señor. Pero añadiré: ¿No sois don Antonio Gonzalez, oficial español?

—Justamente.

—Pues bien, yo soy Tomás Ibarreguy.

—Ya lo habia adivinado.

—¡Habeis venido aquí para casaros con Fanchette Uloa?

—¡Cuántas preguntas!

—Yo amo á esta jóven, la amo con pasion, y os declaro que mientras yo viva no podrá ser vuestra esposa.

—Eso ya lo veremos.

—Sois militar, y por consecuencia debeis ser valiente ... Aquí teneis dos garrotes de igual tamaño. Tomad uno y batámonos. El vencido abandonará tadas sus pretensiones á la mano de Fanchette.

El español pareció lleno de un asombro que se asemejaba al espanto. Sin embargo, no tardó en tranquilizarse, y dijo:

—No penseis, amigo mio, que siendo oficial, me bata en un duelo con esta arma propia de un aldeano!

—¡Os batireis! esta es el arma del vacongado.

—Pero no del castellano.

—¡Cobarde!

—No me injuries. Mañana, si quereis, estaré á vuestras órdenes.... Pero nos batiremos con espada.

—Mañana, bien.

—Os enviaré mis testigos.

Los dos rivales se separaron. A la mañana siguiente en lugar de la visita de los testigos de don Antonio, Tomás Ibarreguy recibió una carta de Fanchette.

La carta se hallaba concebida en estos términos:

"Amigo mio (puedo daros este nombre pues-
"to que nos conocemos desde la infancia), he
"sabido vuestro proyecto de duelo Esto es
"odioso, y no quiero que se realice. Si me
"amais, que no vayan las cosas mas lejos....
"Os *prohibo* espresamente este duelo. Si ha-
"ceis lo contrario, inútilmente espondreis
"vuestra vida, pues jamas me volvereis á
"ver.

"*Fanchette.*"

Tomás cubrió ese billete de besos y lágrimas; costaba mucho á su odio y á su orgullo, dejar tranquilo á su rival, ¡pero podia acaso desobedecer?

Tantas agitaciones le hicieron caer enfermo. Durante los accesos de una calentura abrazadora creyó ver algunas veces á su cabecera á sir Storey, Fanchette, y aún al mismo José; vuelto á su estado normal, decia que todas aquellas visiones tan halagüeñas no habrian sido sino la consecuencia de la fiebre.

Un dia, que ya se hallaba totalmente restablecido, oyó repicar en la Iglesia de la aldea.

—¡Qué sucede? preguntó él á los que se hallaban en su habitacion.

—Hay una ceremonia, se le respondió, en la que vuestra presencia es indispensable.

—¡Mi presencia.... indispensable?

—Ciertamente, añadió el médico. Vestíos pronto. Ya vienen á buscaros.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuántos enigmas!

—Fanchette así lo quiere; poneos vuestra mejor ropa.

—¿Fanchette lo quiere? Obedezco.

Pronto se escucharon los dulces acordes de los sonoros instrumentos. Una multitud de jóvenes y zagalas amigas de la novia, se encaminaban solemnemente hácia la habitacion de Ibarreguy, conduciendo un cordero adornado con listones, y entonando unos cánticos nupciales. José Uloa caminaba con paso grave despues de los músicos, llevando un gran pastel. A vista de esta comitiva, Tomás, temblando y participando del temor y alegría, se lanzó fuera de su habitacion esclamando:

—¡Oh, amigos mios! ¿si Fanchette es la novia, quién será su esposo?

—¡Tú, amigo mio! respondió alegremente José.

Tomás estaba loco de alegría, y mas cuando escuchó los dulces cantos que comenzaban, y viendo que sus amigos le deseaban felicidad y abundancia regando su casa con trigo y otros frutos. Siguió á la comitiva; solamente José con bastante prudencia guardó el secreto de sir Storey, que consistia en haber compensado la desigualdad de fortunas de su jóven guía.